

LA PROBLEMATICA TIWANAKU EN CHILE: VISION RETROSPECTIVA

José Berenguer Rodríguez

PRELIMINAR

A fines de 1978 se cumplirán 70 años de problemática Tiwanaku en la arqueología chilena. Desde aquel lejano día de 1908, en que don Ricardo Latcham leyera en el iv Congreso Científico el trabajo del Dr. Max Uhle, "La esfera de influencia del país de los Incas" (publicado en 1911), en el cual se sugería por primera vez la posibilidad de una influencia de la cultura Tiwanaku en nuestro país, han sido muchas las investigaciones que han confirmado suficientemente esa suposición inicial, contándose en la actualidad con una nutrida bibliografía sobre el tópico.

Por otra parte, y como un reconocimiento de la importancia del problema dentro de los estudios prehistóricos del norte de Chile, para el vii Congreso Nacional de Arqueología a celebrarse en Talca durante este año, se ha propuesto un simposio dedicado a este interesante tema.

Consideramos propicia la ocasión, entonces, para intentar un balance de lo que ha sido el problema Tiwanaku en Chile, detrás del cual existe el propósito de hacer reflexionar acerca del rumbo que deben tomar las investigaciones en el futuro próximo.

*
* *

Resulta evidente a través del estudio retrospectivo, que pueden distinguirse nítidamente cuatro etapas en las investigaciones. La pri-

mera (1908-1942), constituye una aproximación inicial al problema, destacando en ella la sobresaliente labor de dos pioneros de la arqueología del Norte Grande: el Dr. Friedrich Max Uhle y don Ricardo E. Latcham. El análisis de la segunda etapa (1943-1957), arroja escasos avances, distinguiéndose las breves formulaciones del Dr. Junius Bird para la costa chilena norte y el replanteamiento de la arqueología del norte de Chile hecho por Richard P. Schaedel y Carlos Munizaga. La tercera etapa (1958-1970), inscrita en un período de positiva eclosión de la arqueología chilena, y en el cual el problema estuvo definitivamente centralizado en su aspecto cronológico, incluye el aporte valiosísimo de una pléyade de nuevos arqueólogos, entre los cuales estimamos de justicia destacar la prolífica labor del profesor Lautaro Núñez. La última etapa (1971 en adelante) es parte todavía de nuestro presente, y si alguna conclusión puede extraerse desde tan cerca, es que existe una marcada tendencia a asumir la interpretación del fenómeno.

Revisar los resultados de las investigaciones arqueológicas realizadas en siete decenios, implica examinar el trabajo de las figuras más selectas que ha producido la arqueología nacional y de aquellos ilustres extranjeros que han venido a entregar su invaluable contribución científica a nuestro país. Deseo pedir disculpas a ellos por los errores —involuntarios, en cualquier caso— que en este trabajo pueda cometer, recabando, igualmente, su comprensión por las concesiones que me he

permitido hacer para satisfacer adecuadamente la ecuación información-síntesis-exposición.

I. PRIMERA ETAPA (1908 - 1942): Una aproximación al problema.

Al destacar al Dr. M. Uhle como precursor de la problemática Tiwanaku en Chile, es legítimo hasta cierto punto preguntarse por qué no se le asignó semejante condición a don José Toribio Medina, o bien al Dr. Francisco A. Fonck. Sin embargo, pensamos que *Los Aborígenes de Chile* (MEDINA, 1882) no constituye el primer hito en la investigación, por cuanto su autor no podía suponer entonces la filiación Tiwanaku del vaso de oro de Copiapó, ilustrado en una de sus láminas, que Uhle, más tarde y con mayores elementos de juicio, calificara de parecido a los vasos cerámicos de Tiwanaku (Cf. UHLE, 1911: 269).

De otro lado, si bien el trabajo del Dr. Fonck, *La Región Prehistórica de Quilpué y su relación con la de Tiahuanacu* (1910), corresponde efectivamente a la primera publicación en la que se alude a una vinculación entre Tiwanaku y nuestro territorio, no es, en rigor, la inauguración de la temática, ya que el trabajo del Dr. Uhle se dio a conocer en 1908, pero por razones ajenas a su voluntad tan sólo fue publicado en 1911.

Hecha esta salvedad, consagrémonos al análisis de esta primera etapa de investigaciones.

*
* * *

De acuerdo con M. Orellana (1975a: 160), los comienzos de los estudios prehistóricos en Chile tienen lugar en el siglo pasado como resultado del aporte de geógrafos, historiadores y naturalistas nacionales y extranjeros, que reúnen una extraordinaria cantidad de información sobre el pasado precolombino y sobre las costumbres de los indígenas contemporáneos.

Los trabajos publicados, antes de 1882, fueron maestramente utilizados por el estudioso José Toribio Medina, quien publicó un libro que hasta hoy día tiene vigencia en muchos aspectos. *Los Aborígenes de Chile* no debe ser considerado el texto que inicia los estudios prehistóricos en Chile, sino como la primera síntesis —creadora— de muchas investigaciones hechas en Chile, y que se relacionan con los estudios prehistóricos y etnográficos (*Ibid.* 161).

Con posterioridad a la obra de Medina, y hasta avanzado el primer decenio de nuestro siglo, se vive un período de incremento notable del interés por la prehistoria, la etnografía y la antropología física. En vísperas de la llegada de M. Uhle, sin embargo, la arqueología chilena carece aún de una profundidad histórica¹.

Cuando Uhle llega a Chile, contratado por el gobierno de la época, trae consigo una idea muy clara de la cronología y desarrollo cultural del Perú precolombino, como fruto de sus investigaciones en diversos valles y puntos del litoral norte, centro y sur peruanos.

En Chile, logra demostrar su hipótesis sobre una influencia de la cultura Tiwanaku, con sus excavaciones en Pisagua, Arica y Tacna, y a través del examen de las colecciones arqueológicas de San Pedro de Atacama, Calama y Chiu-Chiu pertenecientes a particulares.

Una de las primeras referencias concretas de Uhle en favor de una influencia de Tiwanaku en nuestro país —que va más allá de sus sugerencias iniciales de 1908— la encontramos en su comentario a la obra de Thomas A. Joyce sobre la arqueología de la América del Sur²:

¹Orellana (1975b: 13), dice que es posible que Uhle haya arribado a Chile a fines de 1911 o a comienzos de 1912.

²T. A. Joyce, *South American Archaeology*, London, Macmillan and Co., 1912.

Ha reconocido debidamente la importante influencia de los incas en el país, pero en las descripciones de las condiciones anteriores, noto la omisión de las influencias ejercidas por la civilización de Tiahuanaco en el mismo sentido.

La excavación de Sénéchal de la Grange en Calama, descrita por Boman, ha llevado a la luz objetos atacameños del mismo período, aunque el informe nada expresa en ese sentido. Una de las varias pruebas de la edad tiahuanaqueña de esos objetos y de las varias influencias ejercidas por esta civilización en el norte de Chile la constituye la tableta de madera (Fig. 4) de San Pedro de Atacama, de la colección del señor Aníbal Echeverría y Reyes, y que ahora se encuentra en Santiago. Esta tableta, parecida a las excavadas por La Grange y a otras desenterradas por mí, da en relieve, como en Tiahuanaco, una de las figuras aladas de la puerta monolítica de aquel lugar, con poca alteración de detalles, según el estilo local (UHLE, 1912a: 421)³.

A esta misma época corresponden artículos como "Tabletas de madera de Chiu-Chiu" (1913a), "Los indios atacameños" (1913b), "Las tabletas y tubos de rapé en Chile" (1915) y "Los Aborígenes de Arica" (1917), que contribuyeron en buena medida a darle un más sólido fundamento a su tesis de un período de influencias de Tiwanaku en el norte de Chile.

Con la base que le entregaron sus anteriores trabajos en el Perú y los estudios llevados a cabo en el norte de Chile, Uhle (1919 y 1922) da a conocer la que sería la primera secuencia cultural para el Norte Grande. En ella destaca los siguientes períodos:

- I Período del Hombre Primordial (hasta el fin de la Era pasada).
- II De los Aborígenes de Arica (primeros siglos de la Era de Cristo).
- III Período contemporáneo con los monumentos de Chavín (cerca 400 a 600 de nuestra Era).
- IV *Período de Tiahuanaco y el subsiguiente epigonal* (de 600 a 900 de nuestra Era)⁴.
- V Período de una Civilización Atacameña Indígena (de 900 a 1100).
- VI Período de una Civilización Chíncha Atacameña (cerca de 1100 a 1350).
- VII Período de los Incas (hasta el fin del período prehistórico).

Estudios posteriores han confirmado muchas de las formulaciones del sabio alemán, dejando suficientemente establecida su gran intuición y calidad científicas. Sirvan para corroborar lo dicho, las palabras del Profesor Orellana al referirse al cuadro recién citado:

Digamos en primer lugar, que parcialmente estas fechas de Uhle no resistieron la crítica que surgió de las nuevas investigaciones y sobre todo de la introducción de los métodos radiactivos. Pero junto a lo anterior, debe inmediatamente decirse que aunque es verdad que los dos primeros períodos retrocedieron algunos miles de años, y que el período de Chavín también retrocedió 1500 años, otras altas culturas fueron fechadas exactamente por Uhle: es el caso de Moche o Mochica (150 a 300 D.C.); como también el de Tiahuanaco (400 a 800 D.C.) (ORELLANA, 1975b: 32).

Ricardo Latcham, por su parte, exploró algunas vías de trabajo nuevas e interesantes, como la delimitación meridional de las in-

³La tableta a la cual se refiere Uhle, ha sido reproducida también por A. Oyarzún (1931a: Fig 16) y G. Le Paige (1965: Lám. 60).

⁴El cuarto período fue formulado, principalmente, sobre la base de los materiales encontrados por el propio Uhle en Tacna y Pisagua.

fluencias. Su mérito mayor reside en la continuación y fundamentación de una influencia de la cultura Tiwanaku en la actual 2ª Región (Antofagasta). Como ya se ha hecho presente, desde hace muchos años se conocían diversos artefactos de Calama, Chiu-Chiu y San Pedro de Atacama pertenecientes a colecciones privadas que abonaban la tesis de una influencia de Tiwanaku, pero que carecían de datos precisos sobre su hallazgo. El descubrimiento y excavación por parte de Latcham de los cementerios de Ancachi y Chorrillos, y sus trabajos en Tchecar, entregarían la prueba definitiva que faltaba.

En sus dos volúmenes de prehistoria de Chile (1928 y 1936) R. Latcham no introduce modificaciones sustanciales al esquema cronológico-cultural de Uhle, aplicándolo con ligeras adaptaciones a la región "atacameña" de Antofagasta. Igualmente, el historiador Tomás Guevara en su obra *Historia de Chile. Chile Prehispánico* (1929), sigue fielmente el cuadro de Uhle y, en general, este esquema es aceptado sin críticas por todos los estudiosos de la época.

En 1928, Latcham elabora una secuencia para las *Provincias Diaguitas* —que no experimentará cambios en su obra de 1936—, con validez hasta el río Cachapoal por el sur, y que es una adaptación de la secuencia que Uhle hiciera para el extremo norte. La importancia de este cuadro, es que por primera vez se postula formalmente un período *Tiahuanaco* y *el subsiguiente Epigonal* en el Norte Chico y Chile Central, colocándolo en la secuencia histórica del área:

- I Hasta fines de la Era pasada. Período del Hombre Primordial.
- II Primeros siglos de la Era Cristiana. Período del Hombre Arcaico (pescadores).
- III 400-600 D.C. Período de las inmigraciones (aparición de los primeros pueblos de cultura adelantada en la costa).
- IV 500-900 D.C. *Período de Tiahuanaco* y *el subsiguiente Epigonal*. Aparición de los *Diaguitas*.

- V 900-1100 D.C. Período Diaguita-Chileno. Desarrollo de culturas locales.
- VI 1100-1450 D.C. Período Chíncha-Diaguita. Extensión hacia el norte del pueblo de los túmulos.
- VII 1450-1460 D.C. Período de los Incas.

Sin embargo, cabe señalar que tan temprano como en 1912, el autor ya había sostenido que entre el límite sur del desierto de Atacama y el río Choapa, existió en un momento un pueblo que

poseía una cultura bastante avanzada y desarrollada en que son patentes las influencias del período de Tiahuanaco. Estas influencias y las del período a que el profesor Max Uhle ha dado el nombre de *epigono*, son decisivas y perduraron durante las épocas posteriores. Se notan principalmente en la ornamentación de la alfarería, en algunas de sus formas y en los escasos objetos de madera y de bronce que hallamos en sus sepulturas (LATCHAM, 1912: 325).

Gran parte del fundamento de esta hipótesis, debe buscarse en algunas afirmaciones de Uhle que destacaban la similitud entre los exornados de los ojos de las figuras de la cultura Tiwanaku y aquellas de las figuras de ciertas piezas de Illapel y Tongoy dibujadas en la obra de Medina (Cf. UHLE, 1911: 269). También debieron influir en el mismo sentido las declaraciones del investigador alemán respecto a que

Parece que será posible demostrar sus efectos (los de la influencia de Tiwanaku) hasta la latitud de Valparaíso (UHLE, 1912a: 421)⁵.

Pero en *Arqueología de la Región Atacameña* (1938), Latcham no hablaba ya de in-

⁵El paréntesis es nuestro.

fluencias de Tiwanaku en Chile Central, y ponía en duda la filiación Tiwanaku de algunas piezas cerámicas del Norte Chico que en "Las influencias de la cultura Tiahuanaco en la antigua alfarería" (1927) colocara como tales.

Sabemos de la existencia de un último manuscrito de Latcham sobre el Norte Chico (Cf. MOSTNY, 1969: 15). Sería importante conocer esa obra inédita para saber si Latcham mantuvo hasta el final su tesis acerca de una influencia tan meridional de Tiwanaku⁶. Estamos en condiciones de decir, no obstante, que por lo menos a dos años de su muerte, seguía manteniendo esa idea (Cf. LATCHAM, 1941: 6).

Los trabajos del Dr. Aureliano Oyarzún sobre cestería (1930), tabletas y tubos "atacameños" (1931a), tejidos (1931b) y alfarería de Calama (1934), sólo inciden superficialmente en nuestro tema. Teniendo indudable valor como información descriptiva, estos artículos en ningún momento ofrecen novedades que vengan a sumarse a los aportes verdaderamente ricos entregados por las investigaciones de Uhle y Latcham.

Como es lógico ante lo reciente de los hallazgos, el Dr. Uhle no alcanzó a configurar una hipótesis sobre la influencia de Tiwanaku en Chile. Pensaba que los "atacameños" habían ocupado el extremo norte de Chile, se habían extendido por el altiplano boliviano y alcanzado el Perú hasta Ica por la costa y Ayacucho por la sierra. Uno de los fundamentos de la hipótesis de Uhle era la toponimia de la región abarcada por la presunta invasión, la que, en su opinión, incluiría nombres de origen "atacameño". Añadía que el motivo escalonado, "tan propio de Tiahuanaco", estaba presente en la cestería encontrada en las sepulturas "atacameñas" de Pisagua, pertenecientes a períodos anteriores a Tiwa-

naku. Enfatizaba, sin embargo, que si bien los "atacameños" influyeron en el arte de la cultura altiplánica, fueron retribuidos posteriormente (UHLE, 1919 y 1922).

Latcham (1938: 35), estimaba posible aceptar provisoriamente la hipótesis de Uhle, pero otros investigadores como Guevara y Oyarzún la suscribieron sin mayores reservas.

El mismo Latcham (*Ibid.*: 224), alcanzó a pronunciarse parcialmente sobre las características que asumía la influencia de Tiwanaku en San Pedro de Atacama. Reparando en las semejanzas en la calidad, forma y decoración de unos keros cerámicos de esta localidad, con otros del altiplano boliviano, señaló que la influencia de Tiwanaku en San Pedro de Atacama debió ser directa.

Mayor contenido teórico tiene su hipótesis para el mismo fenómeno en la región de Tarapacá:

Con la expansión del imperio de Tiahuanaco, en el siglo VI a VII, la mayor parte de las quebradas fueron colonizadas por grupos collas de habla aymará, procedentes de los altiplanos bolivianos (LATCHAM, 1942: 11).

Durante la etapa cubierta por las investigaciones de Uhle y Latcham en el norte de Chile, tuvieron lugar muchas investigaciones sobre Tiwanaku en Bolivia y el Perú, como también en el noroeste de Argentina. Podemos destacar, entre otros, los trabajos de Adolph A. Bandelier, Arthur Posnansky, Salvador Debenedetti, Philip A. Means, el Barón Erland Nordenskjöld y Wendell C. Bennett. Los resultados obtenidos en esas naciones influyeron en las investigaciones de nuestros autores, y en más de una oportunidad se suscitaron interesantes debates sobre el particular (*vid* LATCHAM, 1938: 30-33). Existe el testimonio, por ejemplo, que las insólitas interpretaciones de Posnansky sobre la cultura Tiwanaku, no fueron dejadas pasar por científicos serios como M. Uhle y R. Latcham, quie-

⁶La Dra. Mostny nos ha dicho que una parte de ese manuscrito está en los Archivos de la Biblioteca Nacional, y la otra estaba en poder de los hijos de Latcham, ya fallecidos.

nes las combatieron en sendas publicaciones (1912b y 1914, respectivamente).

No queda claro, empero, si Latcham conoció la fundamental obra de Bennett (1934), cuyo aporte más significativo fue la formulación de una primera periodificación de la cultura Tiwanaku sobre bases científicas (Temprano, Clásico y Decadente). En su monografía sobre la región atacameña, menciona una cerámica *decadente*, término al cual concibe como sinónimo de *Epigonal* (1938: 41); en otra parte de la misma obra, se refiere “a la época clásica de Tiahuanaco” (*Ibid.*: 224); pero nada indica que el uso de estos conceptos por parte de Latcham, provenga de la lectura del libro de Bennett.

Sintetizando lo que fue esta primera etapa de investigaciones, digamos que se confirmó, sin lugar a dudas, que Tiwanaku ejerció una influencia en el Norte Grande de Chile. Aun cuando Latcham ofreció algunas pruebas de una influencia de la misma cultura en el Norte Chico, la mayoría de éstas no resultan convincentes hoy en día; tampoco fueron consideradas por sus contemporáneos. De vital importancia fue la elaboración de secuencias culturales para el norte de Chile, incluyendo un período de *Tiahuanaco* y el subsiguiente *Epigonal*, actuando éste —al igual que el período de los Incas— como un pivote cronológico para su estructuración.

II. SEGUNDA ETAPA (1943-1957): Un período de estancamiento.

Teóricamente, los inicios de los trabajos de Junius Bird representan para la arqueología chilena los comienzos de una nueva época. En la práctica, sus excavaciones estratigráficas —sin precedentes en el país— no son continuadas por los investigadores nacionales “y tendremos que esperar dos décadas más antes que un chileno nos entregue una excavación estratigráfica” (MONTANE, 1972: 36).

Por desgracia, el contacto de Bird con la problemática Tiwanaku en la costa norte fue breve y de pobres resultados. En sus excava-

ciones de Playa Miller no encontró evidencias claras de Tiwanaku. Reconoce sí, el carácter Tiwanaku de los objetos encontrados por Uhle en Pisagua y Arica. Sin embargo, es enfático al aclarar que en esas localidades “las raras piezas Tiahuanaco son exóticas al patrón general” (BIRD, 1943: 307).

Sostiene que la cerámica exhumada de los depósitos de la costa, no apoyan la idea de Latcham (1938: 223), que relacionaba la introducción de la alfarería en el norte de Chile con la cultura Tiwanaku. En su opinión, las piezas “atacameñas”, que según Latcham habían desarrollado sus propios estilos y formas a partir de Tiwanaku, no guardan ninguna similitud con los objetos de esa cultura, y en Arica se encuentran tanto debajo como encima de los escasos fragmentos cerámicos de Tiwanaku (BIRD, 1946: 590 y 593).

Además, los trabajos del Dr. Bird discuten la secuencia cultural de Uhle, la cual, como viéramos, había sido aceptada sin reparos por los estudiosos de la etapa precedente. Uno de los hechos más relevantes de su secuencia para el tramo costero norte de Chile, es la omisión de un período Tiwanaku, arrojando serias dudas sobre las conclusiones de Uhle a ese respecto, y de las cuales los arqueólogos chilenos no lograrán despojarse en casi los veinte años siguientes.

Bennett (1946: 602), por su parte, afirma que algunos investigadores han criticado la secuencia del Dr. Uhle apoyados, sobre todo, en el hecho de que en el norte de Chile se encuentran diseños del Tiahuanaco Clásico en artefactos “atacameños”, y que algunas sepulturas del río Loa presentan cerámica Decadente. De suerte que el período Atacameño Indígena que Uhle colocara como posterior al período Tiahuanaco, sería contemporáneo con el Tiahuanaco Clásico y, más tarde, en Calama, con el Tiahuanaco Decadente.

Por lo que toca a las investigaciones de la Dra. Grete Mostny en el norte de Chile durante esta etapa, si bien aluden al problema, no lo abordan con profundidad. Su aporte está representado por lo que denomina el

“Cuarto Estilo” (1942 y 1944a) —al cual considera como un estilo cerámico “tiahuanacoide” del Norte Chico—, y por algunos objetos desenterrados por ella en el Fundo Nueva Chile, en Arica (1944b), que ahora atribuimos a una probable filiación Tiwanaku. La excavación de una tumba en Chiu-Chiu, en el mismo cementerio en el cual P. Dauelsberg (CONGRESO, 1963) aislara elementos Tiwanaku, no entregó novedades para el tema que tratamos (MOSTNY, 1956).

En 1953, el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile realiza una

ambiciosa expedición al norte de Chile, entre Arica y La Serena. Los resultados de esos trabajos, representan una esforzada labor de ordenamiento y “estado de situación” de los estudios prehistóricos principalmente en la costa chilena norte. El producto inmediato de esas investigaciones fue un cuadro cronológico general, en el cual las fases culturales propuestas se hayan correlacionadas cronológicamente con las fases del desarrollo altiplánico (SCHAEDEL, 1957: 35). Con el objeto de centrarnos en nuestro tema, resumimos el cuadro citado de la siguiente manera:

<i>Altiplano</i>	<i>Arica</i>	<i>Pisagua</i>	<i>Zona Atacameña Chilena</i>
Inca	Inca/Arica	-----	Inca/Pica Inca/Toconao
Khonkho	Arica II	Atacameño/Pisagua	Atacameño/Toconao
Tiahuanaco Dec. (Tiah. 3)	Arica I	Tiahuanaco/Atacameño/ Pisagua	Atacameño/Toconao Tiahuanaco/Ancachi
Tiahuanaco Clásico (Tiah. 2)	?	Tiahuanaco/Pisagua Pichalo 4 Pichalo 3	
Tiahuanaco I Chiripá		Pichalo 1 Pichalo 2	

Como es fácil de apreciar, en lugar de una fase “Tiahuanaco/Arica”, se coloca un gran signo de interrogación, conclusión coincidente con la de J. Bird, pero contradictoria con la afirmación del propio Schaedel (Ob. cit.: 20), en orden a que hay un período de influencia “tiahuanacoide” en Arica. C. Munizaga (1957: 122), por su lado, dice encontrar evidencias de Tiwanaku en los materiales del Dr. Bird correspondientes a Arica I “en forma más acusada y con mayores manifestaciones que las que Bird postula”, hasta el punto de permitirle “aislar en Arica una probable ocupación de Tiahuanaco”. No obstante, admite la desaparición de “Tiahuanaco y sus influencias” como período propiamente dicho.

Las conclusiones de R. Schaedel (Ob. cit.: 33) sobre la penetración de Tiwanaku en la región de Antofagasta y en la parte sur de la región de Tarapacá, guardan, en líneas gene-

rales, cierta concordancia con los actuales planteamientos:

La primera cultura expansionista, la tiahuanacoide, que afectó en forma decisiva todo el territorio peruano, influyó ligeramente a los atacameños. La evidencia indica que no logró efectuar una verdadera conquista u ocupación.

Investigadores como Francisco L. Cornely y Jorge Iribarren alcanzan a tocar en sus escritos el problema de Tiwanaku en Chile, aunque siempre de un modo tangencial y referido a las supuestas evidencias de esa cultura en el Norte Chico. Cornely (1956: 32), por ejemplo, sostiene que

Las influencias de Tiahuanaco de que hablan algunos autores son mucho menos

aparentes en la cultura diaguita-chilena y bien pueden haber sido traídas por los mismos Chinchas que habían estado en contacto con Tiahuanaco.

El autor no incluye un período Tiwanaku en su cuadro cronológico para el llamado "territorio Diaguita-Chileno" (*Ibid.*: 37).

Refiriéndose a lo mismo, Iribarren (1957: 168), declara que en el Norte Chico los "vestigios son escasos e inciertos, que mejor podrían atribuirse a posteriores derivaciones culturales".

Paralelamente, se habían producido muchas novedades en las investigaciones sobre Tiwanaku en el resto del Area Andina. Primeramente, se arribó a un consenso respecto de las notables diferencias estilísticas entre los restos pertenecientes al "Tiahuanaco de la Costa" o "Tiahuanaco Peruano" y los del altiplano de Bolivia. Por un tiempo la expresión "tiahuanacoide" pareció definir mejor esa circunstancia⁷.

Al ir progresando las investigaciones en el Perú, se reparó en que el "tiahuanacoide" interrumpía las tradiciones regionales, imponiendo nuevos patrones cerámicos y de asentamiento en una vasta área, al mismo tiempo que con una gran homogeneidad. La tesis del directo origen Tiwanaku de la invasión "tiahuanacoide", sin embargo, no hallaba apoyo en las evidencias: los patrones impuestos exhibían grandes diferencias con aquellos comunes al altiplano boliviano; consecuentemente, su origen parecía más acertado pesquisarlo en otros lugares donde existieran centros urbanos y cerámica como los distribuidos. Las excavaciones de Bennett en Wari, cuyos resultados se publicaron en 1953, vinieron a asertarle el golpe de gracia a la tesis de un gran Imperio Tiwanaku extendido por todos los Andes Centrales. En esa ocasión, Bennett sustituye la denominación "tiahuanacoide" por

la del sitio-tipo Wari, señalando que este estilo se relaciona tanto con Tiwanaku como con el resto de los estilos del "Tiahuanaco peruano", postulando que desde Wari se distribuyó el estilo hacia el centro y norte del Perú (LUMBRERAS, 1969a: 236).

Durante el mismo año 1953, se celebró la Primera Mesa Redonda de Arqueología Boliviana, cuyas actas se publicaron en 1957. A través de los trabajos presentados al evento, quedó de manifiesto que la arqueología de la vecina República había experimentado un avance cualitativamente importante. Mención especial merecen "Introducción" (PONCE, 1957), y "Antigüedad y Cronología de Tiwanaku" (IBARRA, 1957), esta última una refutación a las ideas de A. Posnansky sobre la edad, origen, desarrollo y fin de la cultura Tiwanaku en Bolivia.

Desde 1957 funciona el Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiwanaku (CIAT), bajo la destacada dirección de Carlos Ponce Sanginés. De modo especial, debe destacarse la periodificación de la cultura Tiwanaku sobre bases estrictamente estratigráficas, que comprende cinco épocas para el desarrollo de esa cultura.

Es indudable que estos hechos acaecidos en Perú y Bolivia, serán de gran importancia para el rumbo de las investigaciones en Chile durante la etapa siguiente. Pero el balance de la etapa que discutimos en este capítulo ofrece muy escasos resultados, a saber: se desvirtúa la sugerencia de Latcham que confería a Tiwanaku un papel en la introducción de la alfarería en el norte de Chile; por otra parte, se omite un período de Tiwanaku en las secuencias de Bird y de Schaedel; por último, se plantean graves dudas sobre la supuesta filiación Tiwanaku de algunas piezas cerámicas del Norte Chico, desapareciendo éste como período en la región.

Así, la que pudo ser una etapa rica en hallazgos y plena de nuevas contribuciones, constituye la etapa más pobre en 70 años de problemática. Sin demasías, podemos afirmar que este período marca un estancamiento en las

⁷El concepto "tiahuanacoide" que aún se emplea en Chile, fue introducido a nuestra literatura arqueológica por la Dra. Grete Mostny (Cf. 1944a:195).

investigaciones sobre el tema, haciendo excepción de las conclusiones del Dr. Bird y la labor de replanteo de la arqueología del norte de Chile hecha por el Dr. Schaedel y el profesor Munizaga.

III. TERCERA ETAPA (1957-1970):

El problema cronológico

Durante este período el problema Tiwanaku giró alrededor de 6 ó 7 figuras, no más, las cuales en cada una de sus zonas de trabajo, o bien, desde los específicos campos de su especialidad, comienzan a tratar el tema en sus diferentes matices e implicancias. Destacan las publicaciones del R. P. Gustavo Le Paige sobre San Pedro de Atacama y zonas vecinas; los trabajos de la Universidad de Chile de Santiago, en la persona de investigadores como Mario Orellana y Juan Munizaga; la labor de los arqueólogos del Museo Regional de Arica con Percy Dauelsberg y Guillermo Focacci, principalmente; y las investigaciones tanto de la Dra. Grete Mostny como de Lautaro Núñez en gran parte del Norte Grande.

Especial referencia merece la obra del profesor Núñez, quien es el investigador que mayor preocupación ha demostrado por el tema. En casi todos los años del decenio pasado, y en lo que va corrido de los setenta, ha publicado diferentes trabajos que inciden, de una u otra manera, en diversos aspectos de la influencia de Tiwanaku. Sin embargo, no ha materializado aún ese interés por la problemática en un trabajo que integre la documentación obtenida a lo largo de estos años y redondee su propia concepción sobre la naturaleza de la penetración Tiwanaku en Chile. Esperamos con impaciencia la aparición de una obra que satisfaga esas expectativas.



Iniciando esta revisión por Arica, vale la pena señalar que los trabajos y conclusiones del

grupo del Museo Regional no han estado exentos de críticas. L. Núñez (1972: 28), ha dicho:

Hasta ahora en Arica se ha llevado adelante una arqueología horizontal, con múltiples tipos (cerámicos) que enfatizan cronologías carentes de verticalidad por falta de excavaciones sistemáticas en yacimientos claves⁸.

Es una arqueología cuantitativa, que después de 1961 no saltó a la búsqueda de problemas, sino más bien al acumulamiento de datos de yacimientos conocidos. Ni hablar, ni comentar sobre patrones de poblamientos, énfasis en fechas de C 14, ecología, etc.

Tal vez muchas o todas las críticas que hace Núñez sean legítimas, pero un hecho sí hay que reconocerles a los arqueólogos de Arica: han sido ellos los primeros en encontrar e identificar evidencias Tiwanaku en el extremo más septentrional de nuestro país, en forma clara e inobjetable.

Recordemos que en la etapa pasada las conclusiones de Uhle habían sido puestas en tela de juicio (Cf. BIRD, 1943 y 1946; MUNIZAGA, 1957). Bird, lo dijimos, no encontró evidencias significativas en sus excavaciones en Arica. Y Grete Mostny (1944b), no advirtió la posible filiación Tiwanaku de alguno de sus hallazgos en el cementerio del Fundo Nueva Chile (Valle de Azapa). Tan sólo Schaedel y Munizaga, a raíz de la expedición del Centro de Estudios Antropológicos al norte de Chile, sugieren una probable ocupación "tiahuanacoide" en el entonces Departamento de Arica (V. gr.: Playa Miller, Playa de los Gringos, Cerro Moreno y Valle de Camarones), pero las pruebas que entregan no son concluyentes.

Básicamente, son cinco las secuencias cul-

⁸El paréntesis es nuestro.

turales confeccionadas para la zona de Arica durante este período (DAUELSBERG, 1961a, 1961b, 1969; ENCUENTRO, 1961; NÚÑEZ, 1965).

La primera secuencia de Dauelsberg (1961a), representa un momento de transición de la problemática Tiwanaku en Arica. Todavía están muy frescas las conclusiones de C. Munizaga en orden a que Tiwanaku no constituye un período en Arica. No obstante, se admite que la cerámica Loreto Viejo encontrada en el corte de Bird corresponde al "Tiwanaku Expansivo", y que Maytas, Chiribaya y Sobraya son tipos "tiwanakoides" desarrollados de aquélla.

En aquel momento, el problema radica en la ausencia de pruebas de superposición entre la cerámica Loreto Viejo y el llamado "Horizonte Tricolor del Sur" (con sus exponentes regionales Maytas y Chiribaya), toda vez que se los encuentra siempre asociados. En con-

secuencia, no se hace referencia a un "Horizonte Tiwanaku Expansivo" como período, colocando al tipo Loreto Viejo junto al Tricolor del Sur "hasta que podamos separarlo cronológicamente para esta zona" (DAUELSBERG, 1961a: 16).

En ese mismo año, Dauelsberg (1961b), replantea el asunto discriminando un "grupo de cerámica tihuanacoide" (Maytas, Sobraya, Loreto Viejo, Chiribaya, Cabuza y Tiahuanaco Clásico), que ubica en un Horizonte Medio que hace partir desde el 600 D.C.

En el Encuentro Internacional de Arqueología de Arica, los arqueólogos chilenos conocen las dataciones por C 14 para las diferentes fases de la cultura Tiwanaku, entregadas por el trabajo de C. Ponce Sanginés "Breve comentario acerca de las fechas radiocarbónicas de Bolivia" (1961).

<i>Época</i>	<i>Fecha Promedio</i>	<i>Rango según cuadro de Ponce</i>
V	1050 D.C.	700 D.C. — 1000 D.C.
IV	667 D.C.	350 D.C. — 700 D.C.
III	299 D.C.	80 D.C. — 350 D.C.
II	43 A.C.	450 A.C. — 80 D.C.
I	237 A.C.	600 A.C. — 450 A.C.

Desde ese entonces, cualquiera tentativa de situar en el tiempo las manifestaciones de Tiwanaku en Chile, tendrá como referencia el espectro cronológico citado.

Sin embargo, en el Cuadro Cronológico General del Área Andina Meridional, que surgió como uno de los acuerdos del Encuentro de 1961, se asigna una fecha absoluta de 460 A.C. para la Fase II, un rango de 103 a 279 D.C. para la Fase III, un rango de 360 a 536 D.C. para la IV y una data absoluta de 1050 D.C. para la última fase.

En ese mismo cuadro, aparece la que consideramos la tercera secuencia cultural para la zona de Arica (incluidos los valles del departamento). Destaca un "Tiwanaku Clásico" entre el 500 y el 1000 D.C. en Azapa, y un "Tiwanaku Expansivo" hacia el 1000 D.C. en este valle, en Camarones y en Chiza. San

Miguel es estimado como posterior a Tiwanaku, pero anterior a las Maytas.

Sobre la base de los trabajos del Museo Regional de Arica y otros, el profesor L. Núñez (1965), entrega una secuencia del Período Agroalfarero de esa zona que ofrece dos hechos importantes de comentar: 1º San Miguel es colocado, por primera vez, como posterior al "Horizonte Tricolor del Sur", y 2º Se sitúa a las expresiones "Expansivas" de Arica entre el 700 y el 1000 D.C.

Finalmente, en el V Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Dauelsberg (1969), presenta una nueva secuencia cultural para Arica, que cuestiona y rectifica las de Uhle

ºSegún Ponce, el comienzo de la Época I no es más reciente de 600 A.C.

y Bird. En ella sitúa un período que denomina "Horizonte Tiwanaku", acotándolo entre los siglos v y x D.C., y al cual subdivide en las fases Cabuza y Maytas.

Yendo más hacia el sur, el citado Cuadro Cronológico de 1961 incluye algunas modificaciones para Pisagua, que preferimos exponer en la fundamentación que de estos cambios hiciera posteriormente Núñez (1965: 72-73). Según este autor, a Pichalo iv debe situársele en una época posterior al 1000 D.C. y al contrario de lo propuesto por R. Schaedel (1957).

como un desarrollo post-tiahuanacoide, que debió coexistir en algún momento con poblaciones pescadoras poseedoras de cerámica pintada (valle de Arica) o monocroma (Pica) dentro del Período Tardío.

El contenido cultural de Pichalo iii —prosigue Núñez— aconseja, en cambio, ubicarlo en el Período Temprano (0-700 D.C.). Por lo tanto, no queda otra cosa que introducir las evidencias de **Tiwanaku** encontradas por M. Uhle en Pisagua, entre Pichalo iii y iv.

En el río Loa, la secuencia global del norte de Chile de Núñez —que ya comentáramos en lo que hace a Arica—, destaca un período "Tiwanaku Expansivo" sobre la base de los yacimientos de Chorrillos (Loa medio) y Ancachi (Loa inferior), trabajados por Latham.

Por último, son seis las secuencias culturales establecidas en el transcurso de esta etapa para la zona del Salar de Atacama. En 1961, el Cuadro Cronológico General del Encuentro de Arica, incluye un "Tiwanaku Clásico" aproximadamente hacia el 400 a 500 D.C. y un "Tiahuanaco Expansivo" hacia el 1000 D.C., este último anterior a la alfarería negra pulida. Posteriormente, M. Orellana (1963), define la cultura San Pedro, dividiéndola en tres fases, la segunda de las cuales presenta influencias de Tiwanaku hacia el 1200 D.C. Ese mismo año, el Cuadro Cronológico General del Congreso de San Pedro de Atacama, acepta la periodificación propuesta por Ore-

llana, reconociendo un momento "Tiahuanaco Expansivo" asociado a cerámica negra pulida en San Pedro ii. hacia el 1000 de nuestra Era.

En 1964, Orellana modifica algunas fechas de su anterior secuencia, aunque manteniendo sus lineamientos generales.

La secuencia de Núñez del año 1965, suscribe totalmente el contenido de las secuencias reseñadas arriba, ubicando un "Tiahuanaco Expansivo" entre el 700 y el 1000 D.C., posterior a la primera fase de la cultura San Pedro y comprendida, en gran parte, en la Fase ii, asociada a cerámica negra pulida.

Recientemente, Salas y Llagostera (1974), dieron a conocer la secuencia de cuatro épocas para la "Cultura Atacameña", que Le Paige viniera manejando —aunque nunca definiendo de manera explícita— desde mediados de la década del 60. Esta secuencia, que modifica aquella otra de tres fases postuladas por M. Orellana y a la cual Le Paige inicialmente se plegara, no hace mención alguna a Tiwanaku como período.

Las dataciones radiocarbónicas obtenidas por G. Le Paige hacia los comienzos del decenio pasado, dieron lugar a una interesante polémica en torno a la exacta posición cronológica de las Fases i y ii (en la secuencia de Orellana) de la cultura San Pedro¹⁰. La presencia incuestionable de rasgos altiplánicos Tiwanaku asociados, principalmente, a la Fase ii, introdujo importantes matices a la controversia.

La fecha de 311 años D.C. (1650 ± 150 A.P.) de una muestra de madera, sirvió originalmente para datar unas piezas cerámicas en forma de urna de Solor-6. Empero, al recibir Le Paige un segundo fechado (250 D.C. o 1700 ± 150 A.P.), esta vez para una muestra de madera incluida en el contexto de una tumba de Quitor-6, reinterpretó el fechado an-

¹⁰Salvo expresa indicación de lo contrario, cuando se hable de las fases de la cultura de San Pedro, se estará haciendo referencia a la periodificación de Orellana (1963).

y Bird. En ella sitúa un período que denomina "Horizonte Tiwanaku", acotándolo entre los siglos v y x D.C., y al cual subdivide en las fases Cabuza y Maytas.

Yendo más hacia el sur, el citado Cuadro Cronológico de 1961 incluye algunas modificaciones para Pisagua, que preferimos exponer en la fundamentación que de estos cambios hiciera posteriormente Núñez (1965: 72-73). Según este autor, a Pichalo iv debe situársele en una época posterior al 1000 D.C. y al contrario de lo propuesto por R. Schaedel (1957).

como un desarrollo post-tiahuanacoide, que debió coexistir en algún momento con poblaciones pescadoras poseedoras de cerámica pintada (valle de Arica) o monocroma (Pica) dentro del Período Tardío.

El contenido cultural de Pichalo iii —prosigue Núñez— aconseja, en cambio, ubicarlo en el Período Temprano (0-700 D.C.). Por lo tanto, no queda otra cosa que introducir las evidencias de **Tiwanaku** encontradas por M. Uhle en Pisagua, entre Pichalo iii y iv.

En el río Loa, la secuencia global del norte de Chile de Núñez —que ya comentáramos en lo que hace a Arica—, destaca un período "Tiwanaku Expansivo" sobre la base de los yacimientos de Chorrillos (Loa medio) y Ancachi (Loa inferior), trabajados por Latcham.

Por último, son seis las secuencias culturales establecidas en el transcurso de esta etapa para la zona del Salar de Atacama. En 1961, el Cuadro Cronológico General del Encuentro de Arica, incluye un "Tiwanaku Clásico" aproximadamente hacia el 400 a 500 D.C. y un "Tiahuanaco Expansivo" hacia el 1000 D.C., este último anterior a la alfarería negra pulida. Posteriormente, M. Orellana (1963), define la cultura San Pedro, dividiéndola en tres fases, la segunda de las cuales presenta influencias de Tiwanaku hacia el 1200 D.C. Ese mismo año, el Cuadro Cronológico General del Congreso de San Pedro de Atacama, acepta la periodificación propuesta por Ore-

llana, reconociendo un momento "Tiahuanaco Expansivo" asociado a cerámica negra pulida en San Pedro ii, hacia el 1000 de nuestra Era.

En 1961, Orellana modifica algunas fechas de su anterior secuencia, aunque manteniendo sus lineamientos generales.

La secuencia de Núñez del año 1965, suscribe totalmente el contenido de las secuencias reseñadas arriba, ubicando un "Tiahuanaco Expansivo" entre el 700 y el 1000 D.C., posterior a la primera fase de la cultura San Pedro y comprendida, en gran parte, en la Fase ii, asociada a cerámica negra pulida.

Recientemente, Salas y Llagostera (1974), dieron a conocer la secuencia de cuatro épocas para la "Cultura Atacameña", que Le Paige viniera manejando —aunque nunca definiendo de manera explícita— desde mediados de la década del 60. Esta secuencia, que modifica aquella otra de tres fases postuladas por M. Orellana y a la cual Le Paige inicialmente se plegara, no hace mención alguna a Tiwanaku como período.

Las dataciones radiocarbónicas obtenidas por G. Le Paige hacia los comienzos del decenio pasado, dieron lugar a una interesante polémica en torno a la exacta posición cronológica de las Fases i y ii (en la secuencia de Orellana) de la cultura San Pedro¹⁰. La presencia incuestionable de rasgos altiplánicos Tiwanaku asociados, principalmente, a la Fase ii, introdujo importantes matices a la controversia.

La fecha de 311 años D.C. (1650 ± 150 A.P.) de una muestra de madera, sirvió originalmente para datar unas piezas cerámicas, en forma de urna de Solor-6. Empero, al recibir Le Paige un segundo fechado (250 D.C. o 1700 ± 150 A.P.), esta vez para una muestra de madera incluida en el contexto de una tumba de Quitor-6, reinterpretó el fechado an-

¹⁰Salvo expresa indicación de lo contrario, cuando se hable de las fases de la cultura de San Pedro, se estará haciendo referencia a la periodificación de Orellana (1963).

terior, aduciendo que la muestra de Solor-6, no correspondía a la época de las urnas (anterior a San Pedro I), sino que, por el contrario, a la cerámica negra pulida, información que sólo fue conocida con posterioridad al Congreso de 1963.

De acuerdo con esto, el segundo fechado, como el primero, otorgaba mayor antigüedad que la supuesta hasta ese entonces a la cerámica negra pulida, característica de la Fase II.

M. Orellana, cuyas conclusiones cronológicas para la cultura San Pedro en el Congreso de 1963, se habían sustentado en el hecho que la fecha de Solor-6 databa la cerámica negra pulida y no a las piezas tipo urna, replicó a través de una publicación en la que ponía de manifiesto este insólito hecho, concluyendo:

Como es fácil observar, la fecha de 263 D.C. (250 D.C.) para la tumba del cementerio de Quitor-6 se presenta huérfana de otro apoyo cronológico, y sin lograr, hasta ahora, un contexto cultural que corresponda a tan temprana fecha (ORELLANA, 1964: 102)¹¹.

El punto estaba en que como a la Fase II se la entendía asociada a elementos "Tiwanaku Expansivo", vale decir, a la Fase V de Tiwanaku —datada en una fecha muy posterior a los 250 años D.C.— existía un problema de discordancia cronológica. G. Le Paige (1963: 174), encaró el asunto de la siguiente manera:

El material intrusivo tiahuanaco encontrado, especialmente en Quitor-5, ha hecho creer a varios autores que la fase a la cual corresponden los tres cementerios dataría del siglo VII (700 años D.C.) de la Era Cristiana. Si, a pesar de la fecha anterior obtenida por C 14 (260 años D.C.) siguieran

manteniendo su opinión, se enfrentarían con una dificultad aún más grande. Tendrían que explicar cómo la cultura del centro de recepción puede ser mucho más antigua (de cuatro siglos), que la del centro de difusión, en especial en lo que concierne a la cerámica negra pulida. A esto hay que añadir que en San Pedro de Atacama hemos encontrado la única colección de vasos de oro de puro estilo tiahuanaco y ella en conexión directa con la cerámica roja pulida, es decir, en la época de la primera fase de San Pedro y seguramente anterior a la momia N° 2.532 de la segunda fase.

Al final concluye:

La cultura de Tiahuanaco no ha de considerarse expansiva varios siglos después de su apogeo, sino durante el mismo.

A este respecto, L. Núñez (1966: 34), sostuvo que la mayoría de los contextos "tiahuanacoídes" del norte de Chile son expansivos (700-1000 D.C.), por lo cual no cabe suponer la llegada de Tiwanaku en el tiempo que Le Paige denomina el auge (400 a 700 D.C.). Con relación a los keros de oro repujado asociados a la hipotéticamente más antigua cerámica roja pulida, Núñez conjetura que pueden corresponder al momento de transición entre las Fases I y II de la cultura San Pedro.

De otro lado, Orellana —y con él está de acuerdo Núñez—, dice que no hay restos de Tiwanaku III en San Pedro de Atacama, como para aceptar la fecha de 250 D.C. Aun haciendo uso de la variación sigma I (+ 150), vale decir, considerando una edad calendario de 400 D.C., ésta resulta todavía demasiado temprana para datar los restos de San Pedro II. Reconociendo que hay numerosas evidencias del "Tiwanaku Expansivo", esta fecha sería, más bien, contemporánea a Tiwanaku IV, no existiendo tampoco restos de esa fase en San Pedro de Atacama (ORELLANA, 1964: 103).

Atendiendo a todo lo dicho, estaremos de acuerdo en que la preocupación de los arqueólogos de esta tercera etapa estuvo marca-

¹¹El paréntesis es nuestro.

damente centrada en la situación cronológica del fenómeno. No obstante, es posible encontrar algunos enunciados —muy tentativos, por cierto— que dicen relación con su interpretación.

Comentando los hallazgos de Quitor-5, Le Paige (1964: 62-63), reconoce que los elementos "tiahuanacoides" son bastante numerosos en San Pedro de Atacama, pero a su juicio no pueden considerarse como un horizonte cultural, sino como elementos de intercambio, equivalentes en todo a los de La Candelaria exhumados en Tchecar. En su apreciación, los objetos "tiahuanacoides se infiltraron en un grupo ya constituido, sin modificar la cultura que ya poseían".

Naturalmente, esta opinión refleja la idea general que Le Paige tiene acerca de la influencia de Tiwanaku en San Pedro de Atacama. Todavía más. A propósito de los discutidos fechados radiocarbónicos comentados con precedencia, afirma que el friso de la portada monolítica de Tiwanaku "es el resumen bajo una forma maravillosa, de un tema conocido mucho antes...". Argumenta que la notable variación que presenta el tema del "sacerdote" arrodillado con el cetro en la mano de los huesos pirograbados de Quitor-4, 5 y 6 y de Solor-3, hace un contraste con la uniformidad del mismo tema en el bajorrelieve de Tiwanaku. Al final sugiere: "Quizás tenemos una parte de los antepasados que reclamamos en esos huesos pirograbados (LE PAIGE, 1965: 24-25)".

Es imposible no asociar esta idea con las afirmaciones de Uhle sobre un papel genético de los "atacameños" en la cultura Tiwanaku. Comentando un juicio similar de Le Paige, L. Núñez (1966: 34) asevera:

Resulta lógico descartar toda posible antigüedad de rasgos culturales tiahuanacos en la zona de San Pedro de Atacama con respecto a la región del Titicaca. Del altiplano boliviano proceden las influencias tiahuanacoides, como resultado de un largo

proceso cultural que en su momento expansivo se difundió hacia el occidente cubriendo tanto el Perú, norte de Chile y noroeste argentino.

La impresión de L. Núñez es que en San Pedro de Atacama se trató de una influencia estilístico-religiosa por vía de artefactos alines como fueron las tabletas y tubos, en época expansiva o por simples contactos en tiempos clásicos del florecimiento urbano-ceremonial de Tiahuanaco (NÚÑEZ, 1963a: 156).

El único pronunciamiento global sobre la naturaleza de la influencia de Tiwanaku en el norte de Chile, lo debemos al mismo Núñez (1965: 61), a quien la expansión le parece ser más el producto de un fenómeno religioso que militarista.

En suma, puede decirse que durante esta etapa, que va desde fines de la década del 50 a fines de la del 60, se retoma la problemática Tiwanaku, después de su virtual abandono en la etapa anterior. La popularización de modernos métodos de fechamiento, como el C 14, focalizan el interés en el problema cronológico, que, sin embargo, queda lejos de dilucidarse. Este mismo hecho, invitará a la elaboración de numerosas secuencias culturales y cuadros cronológicos, en los que la influencia de la cultura Tiwanaku —ahora fechada en forma absoluta— seguirá jugando un papel importante como hito cronológico para su estructuración.

La intensificación y sistematización de las investigaciones arqueológicas en el Norte Grande, conjuntamente con la celebración de congresos nacionales de la especialidad y la aparición de varias revistas consagradas a las ciencias antropológicas, contribuyen, en diversos grados, a un mejor tratamiento del tema.

Esta etapa es importante por su aporte cuantitativo por el énfasis en el estudio de los contextos arqueológicos y, sobre todo, por la voluntad de situar el fenómeno dentro de una escala temporal coherente. Subsiste aún

una pobreza en las interpretaciones, que se manifiesta en tímidas y parciales formulaciones. Con todo, creemos ver en este período, los primeros atisbos tendientes a seleccionar ciertos problemas dentro del tema total, más que a enfatizar aspectos descriptivos generales u otorgar primacía a cuestiones básicamente secundarias.

IV. CUARTA ETAPA (1971 en adelante): Hacia una Interpretación

Digamos que pese a los largos años de problemática Tiwanaku en el país, queda la impresión que lo medular del problema no hace más que comenzar. Casi se puede decir que, al iniciarse nuestra década, el tema sólo ha sido orillado, y es poco lo que se ha hecho por responder a cuestiones más fundamentales.

Por ejemplo, qué se hizo durante la etapa del 60 por contestar a interrogantes como las siguientes: ¿es la influencia de Tiwanaku una simple difusión de elementos estilísticos?, ¿es, tal vez, una difusión religiosa que se manifiesta arqueológicamente a través de elementos estilísticos?, o bien, ¿entraña un movimiento orgánico de expansión en el que se difunden el sistema social, político, económico y religioso? Por otro lado, ¿existe un contacto primario o directo entre el núcleo y las culturas residentes o se trata de un contacto indirecto a través de uno o más centros intermediarios localizados o por localizar?; ¿cuál fue la naturaleza de esos contactos? Del mismo modo, ¿cuáles fueron las motivaciones del fenómeno expansivo y cuáles sus mecanismos de propagación?, ¿hubo una relación de dominio?, y de ser así, ¿su resultado fue una ocupación efectiva de territorio o solamente se materializó en un dominio puramente social? En definitiva, ¿por qué se perciben diferencias notables entre los materiales que en Arica y San Pedro sirven para atestiguar la influencia de Tiwanaku?; ¿cuáles fueron las consecuencias de esta influencia para las culturas del norte de Chile?; ¿logró ésta modifi-

car las pautas culturales locales o jugó un rol pasivo, en el sentido que no originó modificaciones sustanciales?

En realidad, buena parte de las respuestas a estas interrogantes son una función de los progresos que se hagan en las investigaciones en Bolivia, circunstancia que escapa a la competencia de los arqueólogos del Norte Grande.

La pobreza de las interpretaciones en la etapa pasada, debe atribuirse al efecto retardado e indirecto de las opiniones del Dr. Bird con relación a una falta de pruebas concluyentes de un período Tiwanaku, especialmente en Arica. Las conclusiones de Bird tuvieron consecuencias esterilizantes para la problemática, no superadas por Schaedel y Munizaga. Así, en la tercera etapa hubo que regresar a los problemas propios de la primera, y reencontrar el Tiwanaku en la región de Tarapacá. Esta "situación de negación", por decirlo así, vivida en el interregno 1943-1957, significó un claro retroceso en el desarrollo de las investigaciones, y toda la pujanza de la etapa de los años 60 no logró recuperar totalmente el terreno perdido. A nuestro juicio, el tiempo destinado durante esa etapa al necesario acumulamiento de datos —tarea que, básicamente, debió cumplirse en la anterior— habría apartado a los arqueólogos del planteamiento de interrogantes como las señaladas más arriba, y conspirado en contra del logro de un adecuado nivel de integración.

Dos hechos, que son esencialmente el producto de los estudios llevados a efecto en Bolivia y Perú durante el decenio del 60, se unirán a la data arqueológica obtenida hasta ese momento en el país, constituyéndose en una suerte de estímulo para hacer ingresar la problemática Tiwanaku en Chile en niveles francamente interpretativos.

Por una parte, Carlos Ponce Sanginés postula una hipótesis de expansión de Tiwanaku por conquista militar. En su concepto, la penetración tiwanakota se habría iniciado con precedencia en la Época IV, mediante enclaves de avanzada, que después habrían

servido para el operativo en más vasta escala en la v.

En ese momento (Epoca iv) las huestes tiwanakotas establecieron enclaves coloniales en la zona de Ayacucho en Perú, y en Arica y Atacama en Chile, que después sirvieron de puntos claves en sus designios de conquista (PONCE, 1971: 28 y 33)¹².

Por otro, las investigaciones del etnohistoriador John V. Murra, que señalan la existencia de un patrón original en los Andes al que denomina "control vertical de un máximo de pisos ecológicos" o "archipiélago vertical", vienen a proporcionar la clave que los arqueólogos precisaban para —desde las fuentes escritas— penetrar hacia el pasado en el universo andino de las culturas predocumentales del llamado Horizonte Medio.

En efecto, en la presente etapa los arqueólogos comienzan a hacerse eco de las proposiciones multidisciplinares de Murra (1968), que sugerían que no sería extraño que un equipo de arqueólogos y etnólogos.

tratando de delimitar y comprender el dominio de los Lupaqa, dieran nuevas luces no sólo a aquellas manifestaciones del Horizonte Tardío, sino también podría reabrir el debate sobre la naturaleza del Horizonte Medio en sí mismo.

De este modo, las nociones de "enclaves" y de "control vertical", quedan incorporadas a la problemática Tiwanaku en Chile.



En 1972 se produce una interesante polémica epistolar entre L. G. Lumbreras, P. Dauelsberg y L. Núñez en torno a la arqueología de Arica, que la Universidad del Norte (Sede Arica) ha tenido el acierto de publicar.

¹²El paréntesis es nuestro.

Los aspectos que en esa discusión hacen referencia al período de influencia Tiwanaku en Arica, marcan, en nuestra apreciación, los inicios de un nuevo tratamiento, con visión integradora, del problema Tiwanaku en Chile.

Lumbreras (1972), se muestra en desacuerdo con algunos aspectos de los períodos de Desarrollo Local y Horizonte Tiwanaku de la secuencia establecida por Dauelsberg en 1969. Sostiene que no hay pruebas de superposición entre la cultura Arica (fases San Miguel y Gentilar) y Tiwanaku. Por lo demás —agrega—, las fechas de la fase San Miguel son sincrónicas con las del sitio-tipo de Loreto Viejo y otras conocidas para el "Tiwanaku Expansivo"¹³.

Propone deslindar dos tipos cerámicos vinculados a Tiwanaku: Para, un tipo local de Tiwanaku aislado por Uhle en Tacna, y que agruparía los tipos ariqueños Sobraya y Calbuza, y otro directamente relacionado a Tiwanaku, representado por los tipos "Tiwanaku Clásico" y Loreto Viejo de Arica. Según el autor, estos tipos podrían guardar cierta contemporaneidad con San Miguel.

También se muestra contrario a la segunda fase del período Tiwanaku de la citada secuencia. En su opinión, Chiribaya estaría asociado a un contexto tardío post-Tiwanaku en su sitio-tipo; incluso, se vincularía a Churajón y Mollo. Añade que sus experiencias en Arica (1958-59) le indican a Maytas asociado a Gentilar, y Chiribaya sería una cerámica altiplánica influenciada por Gentilar, a cuya fase pertenecería. De esta manera, Chiribaya y Maytas quedarían situadas en la fase II de la cultura Arica, junto a los tipos Pocoma y Gentilar (*Ibid.*: 26).

Dauelsberg (1972: 33) corrige a Lumbreras señalando que Uhle no encuentra Tiwa-

¹³Lumbreras se refiere a las fechas 1480 ± 235 D.C., 1200 ± 60 D.C. y 980 ± 70 D.C. obtenidas por M. A. Gehy en Loreto Viejo (Moquegua), y a la fecha 1055 ± 70 D.C. de Waka de Loro obtenida por Strong y Willey.

naku en Para, sino en la zona del ex-Hipódromo y en las proximidades de la estación ferroviaria. En Para, encontraría lo que hoy se conoce como San Miguel y Gentilar.

Respecto a Tiwanaku, en Arica hacia el 1000 D.C., Dauelsberg piensa que no se ajusta a las evidencias. Indica que los tipos regionales Cabuza, Chiza y Charcollo se hallan asociados a cerámica del "Tiwanaku en su fase iv", lo que obliga a insertar dichos tipos alfareros en un tiempo situado entre el 400 y el 700 D.C. (*Id.*). Finalmente, replica que la segunda fase del periodo Tiwanaku ariqueño es legítima, desde que los elementos no cerámicos pertenecientes a ella, no tienen relación alguna con Gentilar. Termina diciendo que existe un sinnúmero de asociaciones no cerámicas que permiten postular a Maytas como fase y colocarla en el periodo "Horizonte Tiahuanaco", anterior a San Miguel (*Ibid.:* 34).

Terciando en la discusión, L. Núñez (1972: 30) se muestra parcialmente de acuerdo con los últimos planteamientos de Lumbreras. Opina que es probable que Maytas y Chiribaya correspondan a colonias altiplánicas post-Tiwanaku y, por lo tanto, es posible que contacten con la fase San Miguel, aunque no con Gentilar, como lo sugiere Lumbreras.

La impresión de Núñez (*Ibid.:* 30-31) es que, con anterioridad a Tiwanaku, arriban a Arica diversos aportes "escalonados" por el régimen de desplazamiento altiplano-costero, sin materializar una colonización conforme a la pauta Lupaqa. En su concepto, solamente con Tiwanaku comenzaría el patrón de control vertical con colonias dependientes sociopolíticamente de focos centrados en el altiplano. Las colonias Tiwanaku —continúa— serían esencialmente agrícolas o, por lo menos, no destinarían su tiempo completo a la economía marítima. Su preocupación fundamental sería asumir el control de las tierras fértiles de los valles ariqueños.

O. Espouey (1973: 94) y L. G. Lumbreras (1974: 55), concuerdan con L. Núñez en enfocar el acceso de Tiwanaku a los valles del

Pacífico bajo el principio del "control vertical".

En el intertanto, los trabajos del mismo Espouey (1973) y de G. Rocacci y S. Entes (1973), ofrecen novedades que sumadas a las ricas discusiones resumidas más arriba, llevan a concluir que el tratamiento de la problemática Tiwanaku en Arica, ha ingresado definitivamente en su fase de integración.

En este contexto se inscriben nuestros trabajos sobre el particular. En *Aspectos diferenciales de la influencia de Tiwanaku en Chile* (BERENGUER, 1975), se realiza un tratamiento global del problema Tiwanaku, en el cual se resumen los antecedentes bibliográficos sobre esta materia disponibles hasta el año 1974. Se teoriza sobre las causas del proceso diferenciado de la influencia de Tiwanaku en Arica con respecto a San Pedro de Atacama, acerca de los posibles mecanismos de propagación y sobre la naturaleza de dicha influencia en ambas zonas; concluyéndose que estos "aspectos diferenciales" tienen, básicamente, dos explicaciones: 1º las desiguales bases culturales que en Arica y San Pedro receptionan la influencia, y 2º la naturaleza distinta de la penetración Tiwanaku en el norte de Chile, que en Arica —y tal vez en otros valles de la región de Tarapacá— sigue un patrón colonizador, en contraste con la influencia esencialmente ideológica que, a través de la religión y el intercambio, ejerce hacia los oasis del Salar de Atacama.

Mediante un análisis distribucional espacio-tiempo de las evidencias Tiwanaku en el norte de Chile, se precisa el límite meridional de su efectiva influencia (Salar de Atacama), y se rastrea su dispersión en el ámbito más austral, dejando establecidos, de modo general, tres periodos de la influencia altiplánica en el territorio chileno claramente conectadas con Tiwanaku: 1º un periodo de influencias iniciales o "larvadas", que llegan con precedencia al año 400 de nuestra Era, traídas, quizás, por grupos altiplánicos o del norte de Chile de gran movilidad interregional; 2º un periodo de influencias de Tiwana-

ku propiamente tales, correspondientes a una fase expansiva de esa cultura en sus Epocas IV y V, entre los años 400 y 1000 D.C., y 3º un período de influencias "residuales" de Tiwanaku, verificadas mayormente durante el Tardío, donde emergen expresiones culturales nuevas que combinan elementos locales y de otra procedencia, con ingredientes heredados de un pasado común con base en el período anterior, responsable del "aire de familia" que presentan tantas culturas y estilos del Período Tardío de los Andes Centrales y Meridionales.

Las implicancias del primer período —contemporáneo a Tiwanaku III— son relevantes, si consideramos que hasta esa fecha se aceptaba el arribo de Tiwanaku a Arica en su época IV, pero se cuestionaba que tal hecho hubiera acontecido en San Pedro de Atacama. Por lo general, las manifestaciones "clásicas" de la 2ª Región eran explicadas como "supervivencias clásicas" llegadas en un tiempo expansivo, que para los arqueólogos venía a ser equivalente a la Época V de Tiwanaku (Cf. NÚÑEZ, 1963b: 79; LUMBRERAS y AMAT, 1968: 86).

En 1972, escribíamos:

Los movimientos recíprocos de población entre el altiplano boliviano y los valles costeros del norte de Chile, se inician tempranamente en tiempos francamente preagrícolas y acerámicos, y desde ese entonces se mantendrán hasta nuestros días. El hombre andino siempre ha percibido esa región como un área naturalmente integrada. Consecuentemente, si estos desplazamientos recíprocos vienen sucediéndose desde hace milenios, no existe una buena razón para suponer que esa dinámica se interrumpiera, justamente, durante las cuatro primeras Epocas de Tiwanaku, para sólo reanudarse en la V (BERENGUER y PLAZA, 1972).

Este razonamiento puramente lógico, y para el cual en ese momento no había dificultades teóricas, pero sí muchas de orden prácti-

co, tomó cuerpo en 1975, cuando revalorizamos la presencia tan temprana de los vasos de oro de Larrache, y reparamos en el rostro helomorfo de un tejido de la fase Alto Ramírez, en una silueta de oro de Guatacondo de características altiplánicas y en las evidencias de cabezas trofeos en Guatacondo (G-12), Pichalo III y Alto Ramírez, ocupaciones tradicionalmente evaluadas como pretiwanaku.

Lo que entonces entreveíamos como una atractiva hipótesis de trabajo, fue excelentemente tratada por Mario Rivera (1975), que por aquella misma época, y coincidentemente, había reparado en lo mismo. A Rivera debemos, como su contribución más importante al tema, la fundamentación y sistematización de tempranos contactos altiplano-costa de Arica, durante la fase Alto Ramírez, en tiempos pretiwanaku III y Tiwanaku III.

Por sus contextos de filiación altiplánica, el autor estima a la fase Alto Ramírez (Arica), como clave en el desarrollo cultural del norte de Chile. La ubica dentro de lo que denomina el Período Intermedio Temprano, al cual inserta en una gran Tradición Altiplánica que comprende, además, un Intermedio Medio con su fase Tiwanaku (400 - 900 D.C.) y un Intermedio Tardío con el desarrollo de culturas locales (900 - 1300 D.C.).

Las evidencias que a juicio de M. Rivera atestiguan estos tempranos contactos, son las cabezas cortadas, la introducción de la forma de kero en la cerámica, y ciertos temas de algunas piezas textiles, tales como motivos felínicos con elementos radiales, cabezas-trofeos y motivos piramidales o escalerados que relaciona con la cultura Pukara, y escalerados que vincula a la ornamentación de la cerámica Qaluyo.

La tesis de M. Rivera es que entre los años 600 A.C. y 400 D.C.

sociedades altiplánicas claramente estructuradas y con un poder político capaz de dirigir el trabajo han tenido relación con comunidades que sobreviven en los valles costeros del norte de Chile, durante el Perío-

do Intermedio Temprano. Podría ser éste el comienzo de algo que después se estructuraría como "un control vertical de un máximo de pisos ecológicos" (MURRA, J., 1972), con una intención clara de lograr una producción complementaria que el altiplano no permite, pero que reclama en su naciente afán de expansión (RIVERA, 1976: 80).

Al tratar de penetrar en las razones de estos tempranos contactos altiplano-costa del Pacífico, Rivera (1975: 9) postula, por un lado, un rebalse demográfico en el Altiplano debido a un desequilibrio entre la capacidad de sustentación económica de la región y su población, y por otro, el crecimiento en términos sociopolíticos, que inicialmente capacita para multiplicar los contactos en el propio entorno altiplánico, para luego posibilitar el desplazamiento hacia la vertiente occidental de los Andes.

Para L. Núñez (1976a: 113), en cambio,

la caída de diversas oleadas de "enturbantados" en todas las ecologías favorables (enclaves), son parte de los primeros acomodos del poblamiento Tiwanaku fuera de su ambiente Oriente-Altiplano.

De acuerdo al mismo Núñez (Id.), es posible observar importantes contactos con la fase Clásica en los valles de Arica, que suponen discriminar una fase Tiwanaku Temprano dentro del cuadro expansivo de esa cultura en el norte de Chile. El Tiwanaku Tardío correspondería a un número de poblaciones que surgen con posterioridad a la fase clásica, en los cuales

los aportes Tiwanaku Expansivo, se mezclan con tradiciones locales y constituyen estilos zonales que anteceden y conviven con San Miguel, Chiribaya, Sobraya, etc.

Hacia regiones más meridionales del Norte Grande, el panorama no parece tener una claridad análoga. Las intenciones de Rivera tienden a postular una distribución pannortina

del patrón Alto Ramírez. Así, por lo menos, lo sugiere su indicación en relación a que en Quito-5, Quito-6 y Solor-6 hay componentes de Alto Ramírez en contextos Tiwanaku (RIVERA, 1976: 75).

En la opinión de Núñez (1976b: 193), las influencias de Tiwanaku en los Oasis del Salar de Atacama fueron asimiladas por una gran población preexistente con una definida tradición roja y negra pulida.

Así, la tradición Pulida de San Pedro, junto a los estilos modelados, vendría a explicarse como un enclave que embolsa los rasgos tempranos del altiplano meridional, hasta formar una sólida fisonomía puneña, con una genética independiente de Tiwanaku.

El aporte de L. Núñez en esta etapa es valioso, sin duda, toda vez que enfoca con óptica totalizadora la problemática Tiwanaku en el norte árido. Es su mérito especial, haber destacado el papel del tráfico regional y transandino de mercaderías en recuas de llamas —que involucra el traslado de estilos, religión y tecnología— en la distribución de los asentamientos próximos al Océano Pacífico, como también en las relaciones establecidas entre el Altiplano y las poblaciones de la Puna Atacameña. A diferencia de lo que ocurre al norte del río Loa, donde la penetración se ajusta a un patrón colonizador, los contactos Tiwanaku-señoríos de Atacama responderían, más bien, a una actividad de intercambio (*Ibid.*: 194).

Resumiendo, se puede reconocer en esta cuarta etapa una definida vocación integradora. Los atisbos interpretativos de los 60 han cobrado fuerza y solidez. Se ha llegado rápidamente a una explicación diferenciada de la presencia de Tiwanaku en el norte de Chile, que considera una ocupación por parte de colonos altiplánicos en los valles del extremo más septentrional y contactos sobre la base de intercambios (¿comercio?) y afinidad religiosa en los oasis del Salar de Atacama. La naturaleza de la penetración en el amplio espa-

cio intermedio entre los dos focos, es un problema pendiente para el cual habrá alguna explicación antes que finalicen los 70. Con todo, debe señalarse que estas formulaciones son sólo explicaciones hipotéticas que no han sido contrastadas empíricamente.

Los tempranos contactos entre las culturas locales y el Altiplano durante tiempos pretiwanaku clásico, y la proyección de las influencias de Tiwanaku hacia el Período Tardío, suponen una larga tradición de influencia altiplánica en el norte de Chile. Esta lleva a concluir que nuestra región participa cotradicionalmente del altiplano boliviano no desde Tiwanaku, como se venía sosteniendo en la etapa pasada (Cf. LUMBRERAS, 1969b: 70), sino desde un tiempo bastante más antiguo, tal vez con raíces en el Arcaico superior.

Importa decir que no por un énfasis en lo interpretativo se ha dejado de lado el problema cronológico. Las escasas fechas radiocarbónicas obtenidas tienden a confirmar la situación de las influencias de Tiwanaku en la zona de Arica entre los siglos IV y XI D.C. de la Era Cristiana, pero se echa de menos dataciones para el "momento" Tiwanaku en la 2ª Región. En consecuencia, el problema cronológico dista aún de estar resuelto.

V. COMENTARIO FINAL

Resulta apasionante comprobar cómo los estudios y nuevas evidencias de Tiwanaku, se fueron sumando década a década y disponiéndose como piezas de un gigantesco puzzle, cuya exacta configuración podemos ya vislumbrar.

Entre las más tempranas insinuaciones del Dr. M. Uhle en relación a una influencia de Tiwanaku en Chile, hechas dentro de los marcos de una arqueología hasta esa fecha sin profundidad histórica, y el momento presente, en el cual los arqueólogos se han lanzado a la interpretación del fenómeno expansivo, media todo un proceso de aproximación paulatina que prácticamente se confunde con la época más significativa de los estudios prehistóricos en nuestro país.

Si bien los esfuerzos de delimitación espacial, de situación cronológica y de interpretación tuvieron lugar en todas las etapas de investigación, podemos visualizar el desarrollo de un proceso científico que decididamente fue trasladando el énfasis desde lo exploratorio a lo cronológico, y de éste a lo integrativo. La revisión efectuada en este artículo nos ha entregado una perspectiva del tema que, más allá de una justa valorización de la labor de nuestros predecesores, tal vez sirva para comprender mejor la actual etapa de investigaciones y readecuar sobre la marcha los enfoques que pensamos darles a ellas.

En esta parte final, nos interesa subrayar algunos factores que nos parecen de negativa incidencia en el tema que nos ocupa, y reflexionar juntos acerca de este momento de búsqueda y afirmación teórico-metodológica.



Muchos yacimientos "claves" para el tema —preferentemente aquellos próximos a centros poblados—, fueron encontrados parcialmente destruidos por los investigadores, debido a la acción de los "buscadores de tesoros" y aficionados a la arqueología. Testimonio de esto son los relatos de Latcham (1938) sobre los cementerios de Ancachi y Tchechar, o bien, basta observar lo que resta de los cementerios de Chiuchiu y Caspana. Le Paige ha denunciado más de una vez la destrucción de sitios, como es el caso del túmulo meridional de Solor³. Y el crecimiento vertiginoso de la ciudad de Arica, ha planteado muchos problemas en el mismo sentido a los colegas de esa zona.

Por otra parte, las colecciones arqueológicas y piezas donadas por aficionados a distintos museos y universidades, y de las cuales se han servido muchos estudiosos al tratar el tema Tiwanaku, carecen de referencias contextuales. En su gran mayoría, han sido obtenidas como fruto de excavaciones deficientes o sin método alguno.

Ciertamente que hechos como los señalados se constituyen en factores limitantes para el tratamiento de la problemática. Muchos sitios se han perdido definitivamente para la arqueología o, a lo sumo, sólo pueden entregar hoy en día una información necesariamente incompleta. A este respecto, resultan loables los intentos de G. Mostny (1956), P. Dauelsberg (1963) y J. C. Spahni (1963), por detectar y estudiar las escasas tumbas intactas del mencionado cementerio de Chiu-Chiu.

Con todo, quedan aún extensas zonas del norte de Chile sin prospectar. Algunos sitios investigados largo tiempo atrás, requieren de un nuevo tratamiento a la luz de los adelantos técnicos, progresos metodológicos y orientaciones teóricas vigentes en la actualidad.

Por mucho tiempo en el norte de Chile se tuvo preferencia por excavar cementerios en lugar de sitios habitacionales. Se llevó a efecto lo que podríamos llamar una "arqueología necrológica", detrás de la cual existía toda una concepción de la arqueología, por fortuna hoy en retirada. Convendremos en que sin posibilidades de estudiar los sitios habitacionales de la gente portadora de manifestaciones

Tiwanaku, no se pueden establecer sus patrones de asentamiento peculiares (si los hubiere), o determinar si reutilizaron las viviendas de las poblaciones locales. Y con esta incógnita, se hace muy difícil concluir algo más definitivo acerca de la naturaleza de la expansión Tiwanaku hacia Chile¹⁴.

De otro lado, la falta de excavaciones en depósitos estratificados mantiene la interrogante sobre la presunta superposición de diferentes tipos cerámicos vinculados a Tiwanaku, cuya situación relativa solamente ha sido establecida en un nivel de hipótesis. A estos problemas que contribuyen decisivamente al desconocimiento de la naturaleza y de los mecanismos de propagación del fenómeno expansivo, se suma la deficiente cronologización del momento Tiwanaku en el país, por falta de un adecuado *set* de fechas radiocarbónicas. El problema cronológico sigue siendo vital, y debe hacerse un esfuerzo por fechar depósitos realmente significativos.

Si consideramos a las influencias de Tiwanaku propiamente dichas, inscritas entre el 300 D.C. y el 1000 D.C., tenemos un conjunto de 18 fechas radiocarbónicas del Norte Grande que caen dentro de ese rango:

1. Huelén-10	1735 ± 100 A.P.	215 ± 100 D.C.
2. Quitor-6	1700 ± 150 A.P.	250 ± 150 D.C.
3. Cam. Chiu-Chiu	1700 ± 200 A.P.	250 ± 200 D.C.
4. Tarapacá 40-A	1660 ± 90 A.P.	290 ± 90 D.C.
5. Solor-6	1650 ± 150 A.P.	300 ± 150 D.C.
6. Tarapacá 40-A	1590 ± 170 A.P.	360 ± 170 D.C.
7. Azapa-6	1570 ± 65 A.P.	380 ± 65 D.C.
8. Huelén-2	1420 ± 80 A.P.	525 ± 80 D.C.
9. Azapa-83	1390 ± 110 A.P.	560 ± 110 D.C.
10. Azapa-6	1220 ± 80 A.P.	730 ± 80 D.C.
11. Cáñamo-3	1190 ± 60 A.P.	760 ± 60 D.C.
12. Azapa-83	1190 ± 70 A.P.	760 ± 70 D.C.
13. Tulán	1180 ± 60 A.P.	770 ± 60 D.C.
14. Guatacondo I	1175 ± 90 A.P.	775 ± 90 D.C.
15. Conanoxa E ¹	1150 ± 95 A.P.	800 ± 95 D.C.
16. Huelén-43	1130 ± 80 A.P.	820 ± 80 D.C.
17. Solor-4	970 ± 75 A.P.	980 ± 75 D.C.
18. Pica-8	950 ± 70 A.P.	1000 ± 70 D.C.

¹⁴Curioso, y hasta paradójico, resultaba el hecho que, justamente, quienes como H. Niemeyer y V. Schiappacasse han llevado adelante un programa sis-

temático de excavaciones en sitios habitacionales en el Valle de Camarones, no hubieran encontrado evidencias significativas de Tiwanaku. Sin embargo, es-

De éstas, sólo siete dataciones corresponden a yacimientos que han presentado evidencias de la cultura Tiwanaku (N.os 2, 7, 9, 10, 11, 12 y 18), y se puede decir que están, de alguna manera, fechando materiales Tiwanaku.

Las fechas bolivianas, es cierto, proporcionan un adecuado marco de referencia cronológico para datar manifestaciones Tiwanaku en áreas periféricas, pero no debe olvidarse que los rangos cronológicos asignados a cada una de las Epocas de la cultura Tiwanaku son hitos arbitrarios, sobre los cuales no hay suficiente acuerdo. Consecuentemente, no se divisa ninguna razón valedera para no admitir mayor flexibilidad en la adscripción temporal de algunos elementos Tiwanaku del norte de Chile.

Pueden recordarse las confusiones de los arqueólogos del pasado decenio (principalmente en lo que concierne a San Pedro de Atacama), que identificaban todos los elementos Tiwanaku con su momento "Expansivo", al cual consideraban equivalente con la Epoca v. De este modo, ningún elemento Tiwanaku podía ser más antiguo que el año 700 D.C., y aquellos rasgos que delataban innegable afiliación a Tiwanaku iv, eran rotulados como "supervivencias clásicas". Hoy nadie puede negar que Tiwanaku es expansivo también durante su Epoca iv, y se han abierto legítimas expectativas de encontrar en Chile elementos altiplánicos de Tiwanaku iii y pre-Tiwanaku iii.

Igualmente importante nos parece una revisión del problema del diagnóstico. Algunos pasos se han dado en dicho sentido, al estudiar el punto desde la perspectiva del análisis estilístico (Cf. BERENQUER, 1976). Pero deben seleccionarse indicadores capaces, no tan

sólo de diagnosticar de una manera general la influencia de Tiwanaku en Chile, sino de operar como "marcadores" de cambios verificados dentro del mismo período de influencias de esa cultura altiplánica. La tipificación de diferentes clases de artefactos, abundantes y comprobadamente "sensibles" a estos cambios, puede actuar como clave segura para identificar fases de desarrollo del patrón expansivo.

Insistamos, una vez más, que algunas variantes del modelo de "archipiélagos verticales" pueden aportar una base explicativa al fenómeno expansivo. Pero digamos, al mismo tiempo, que sería deseable en este sentido un trabajo de investigación orientado a delimitar con claridad cuáles son los indicadores arqueológicos factibles de demostrar el modelo en general, y su variante en particular. Se hace necesario superar la fase de mero enunciado de la hipótesis, y llevar adelante la imprescindible contrastación empírica.

No debè descartarse, sin embargo, el uso de otros modelos —religioso, intercambio, etc.— en la interpretación del cuadro expansivo en regiones más meridionales.

Tanto unos como otros, precisan de un perceptivo análisis de los contextos arqueológicos que vaya más lejos de los procedimientos tradicionales. Tal vez, la identificación y sistematización de indicadores arqueológicos informativos sobre las diferentes *situaciones de contacto cultural* Tiwanaku-valles septentrionales, Tiwanaku-costa y Tiwanaku-oasis de la Puna de Atacama, arroje más de una conclusión interesante (Vid.: BERENQUER, 1975: 199-205).

Para finalizar, sugerimos variar el modo de enfocar el problema. La disyuntiva es simple: o seguimos tratando el problema sólo cuando "aparece" en las excavaciones y estudios; o vamos, deliberadamente, a su tratamiento como un tema de investigación en sí mismo. En efecto, después de todo el análisis retrospectivo, ha sido evidente que en Chile el contacto de los arqueólogos con la problemática Tiwanaku ha sido más el producto de un en-

tos investigadores, últimamente, han logrado identificar algunos sitios habitacionales y cementerios en dicho valle, en los cuales hay elementos de esa cultura altiplánica (Comunicación Personal).

cuadro fortuito que de una búsqueda intencionada.

Conocemos solamente un intento de abordar el problema Tiwanaku en Chile como un proyecto de investigación (ORELLANA, 1974: 11). Este proyecto se proponía estudiar la presencia de restos arqueológicos Tiwanaku tanto en Arica, río Loa, río Salado y San Pedro de Atacama, y todos los materiales que permitieron objetivar directa o indirectamente, la presencia Tiwanaku. Asimismo, buscaba alcanzar un conocimiento exacto de los contextos culturales producto de las excavaciones realizadas principalmente en Arica y San Pedro de Atacama. Una vez conocidas todas las asociaciones de tumbas, sitios ocupacionales, etc., se probarían varios modelos para explicar la presencia diferente de Tiwanaku en diversos medios ambientes naturales y culturales del norte de Chile.

Lamentablemente —y por razones ajenas a la voluntad del profesor Orellana— ese proyecto no alcanzó las metas propuestas, cum-

pliando sólo su fase de recolección de data arqueológica básica.

Tenemos casi la certeza que cuando los sitios con evidencias de Tiwanaku dejen de ser estudiados por razones circunstanciales derivadas de un descubrimiento casual, y se vaya a la búsqueda consciente de los yacimientos "claves" ya trabajados o por descubrir, como parte de un programa que gire rigurosamente en torno al problema Tiwanaku, sólo en ese entonces podremos pensar con optimismo en la futura elucidación de la naturaleza de la penetración Tiwanaku en el norte de Chile. En ese momento, se habrá dado un paso importante en el tratamiento de uno de los tópicos más interesantes y singularmente complejos de la prehistoria andina.

SANTIAGO, mayo de 1977

AGRADECIMIENTOS: Agradezco a los Sres. Mario Orellana R. y Fernando Plaza S. y a la Sra. Victoria Castro R., quienes tuvieron la gentileza de leer y comentar el manuscrito de este trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- BENNETT, WENDELL C. *Excavaciones en Tiahuanaco*. Trad. del Dr. Manuel Liendo Lazacete, Biblioteca Paceña-Alcaldía Municipal, La Paz, Bolivia, 1934.
- "The Atacameño". *Handbook of South American Indians*, S.I., B.A.E., N° 143, Vol. II, pp. 599-618. Washington D.C., 1946.
- BERENQUER, JOSÉ. *Aspectos diferenciales de la influencia de Tiwanaku en Chile*. Tesis para optar al Título de Licenciado en Filosofía con mención en Prehistoria y Arqueología. Depto. de Ciencias Antropológicas y Arqueología de la U. de Ch., Santiago, 1975.
- *Tiwanaku en Chile: Estilo y Diagnóstico*, M. S. 1976.
- BERENQUER, JOSÉ y PLAZA, FERNANDO. *Contribución al estudio de la influencia de Tiwanaku en Chile*. Trabajo presentado al Seminario de Prehistoria de Chile. Depto. de Ciencias Antropológicas y Arqueología de la U. de Chile, Santiago, M. S. 1972.
- BIRD, JUNIUS. Excavations in northern Chile. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, Vol. XXXVII, New York, 1943.
- The cultural sequence of the Northern Chilean Coast. *Handbook of South American Indians*, S.I., B.A.E., N° 143, Vol. II, pp. 587-594. Washington D.C., 1946.
- CONGRESO INTERNACIONAL DE ARQUEOLOGÍA DE SAN PEDRO DE ATACAMA. Resúmenes de Actas. *Anales de la Universidad del Norte*, N° 2, pp. 187-206. Antofagasta, 1963.
- CORNELY, FRANCISCO L. *Cultura Diaguita Chilena y cultura de El Molle*. Ed. del Pacífico, Santiago, 1956.
- DAUELSBERG, PERCY. Algunos problemas sobre la cerámica de Arica. *Boletín del Museo Regional de Arica*, N° 5, pp. 7-17, Arica, 1961a.
- La cerámica de Arica y su situación cronológica. *Actas del Encuentro Arqueológico Internacional de Arica*, 10 págs. (mimeografiadas). Arica, 1961b.
- Arqueología de la zona de Arica: secuencia cultural y cuadro cronológico. *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 15-19, La Serena, 1969.
- Carta respuesta a Luis Lumbreras sobre la problemática arqueológica de Arica. *Chungará*, N.os 1/2, pp. 32-37. Santiago, 1972.
- ENCUENTRO ARQUEOLÓGICO INTERNACIONAL DE ARICA,

- Cuadro Cronológico General del Area Andina Meridional. *Actas del Encuentro Arqueológico Internacional de Arica* (mimeografiado). Arica, 1961.
- ESPOUEYS, OSCAR. Tipificación de cucharas de madera de Arica. Actas de vi Congreso Nacional de Arqueología, *Boletín de Prehistoria de Chile*, Número Especial, pp. 63-109. Santiago, 1973.
- FOCACCI, GUILLERMO. Excavaciones en túmulos de San Miguel de Azapa. Actas del vi Congreso Nacional de Arqueología, *Boletín de Prehistoria de Chile*, Número Especial, pp. 47-62. Santiago, 1973.
- FONCK, FRANCISCO A. *La Región Pre-histórica de Quilpué y su relación con la de Tiahuanacu*, Soc. Imprenta y Litografía Universo, 53 páginas. Valparaíso, 1910.
- GUEVARA, TOMÁS. *Historia de Chile. Chile Prehispánico*. Tomo I, Establecimientos Gráficos Balcells & Co., Santiago, 1929.
- IBARRA, DICK E. Antigüedad y Cronología de Tiwanaku. *Arqueología Boliviana. Primera Mesa Redonda*, Ed. C. Ponce S., Biblioteca Pacea-Alcaldía Municipal (1953), pp. 233-285. La Paz, 1957.
- IRIBARREN, JORGE. Dispersión meridional de formas tiwanacoides. *Arqueología Boliviana. Primera Mesa Redonda*. Ed. C. Ponce S., Biblioteca Pacea-Alcaldía Municipal, pp. 163-169. La Paz, 1957.
- LATCHAM, RICARDO E. Los elementos indígenas de la raza chilena. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo IV, Nº 8, pp. 303-329. Santiago, 1912.
- Una metrópoli prehistórica en la América del Sur. (Estudio crítico de la obra de Posnansky). *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Nº 16, 4º Trimestre, pp. 207-248, Santiago, 1914.
- Las influencias de la cultura Tiahuanaco en la antigua alfarería. *Revista Universitaria*, U.C., Año XII, Nº 3, pp. 220-237. Santiago, 1927.
- *La Prehistoria Chilena*. Soc. Imprenta y Litografía Universo. Santiago, 1928.
- *Prehistoria Chilena*. Oficina del Libro, Santiago, 1936.
- *Arqueología de la Región Atacameña*. Prensas de la Universidad de Chile. Santiago, 1938.
- Correlaciones arqueológicas entre Perú y Chile. Separata de las *Actas del xxvii Congreso Internacional de Americanistas*, Tomo I, pp. 267-275, 1941.
- Antropogeografía prehistórica del norte de Chile. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, Tomo XX, pp. 5-17. Santiago, 1942.
- LE PAIGE, GUSTAVO. La antigüedad de una tumba comprobada por Carbono 14 y el ambiente que la rodea. *Revista Universitaria*, U.C., Nº 26, pp. 167-176. Santiago, 1963.
- El precerámico en la Cordillera Atacameña y los cementerios del período agroalfarero de San Pedro de Atacama. *Anales de la Universidad del Norte*, Nº 3, Antofagasta, 1964.
- San Pedro de Atacama y su zona (14 temas). *Anales de la Universidad del Norte*, Nº 4. Antofagasta, 1965.
- LUMBRERAS, LUIS. *De los Pueblos, las Culturas y las Artes del Antiguo Perú*. Monc'oa-Campodónico. Editores Asociados. Lima, 1969a.
- El Area Co-tradicional meridional andina. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, Tomo XXX, pp. 65-79. Santiago, 1969b.
- Sobre la problemática arqueológica de Arica. *Chungará*, N.os 1/2, pp. 25-27. Santiago, 1972.
- Los reinos post-Tiwanaku en el área altiplánica. *Revista del Museo Nacional*, Tomo XL, pp. 55-85. Lima, 1974.
- LUMBRERAS, LUIS y AMAT, HERNÁN. Secuencia arqueológica en el Altiplano Occidental del Titicaca. *Actas del xxxvii Congreso Americanista* (1966), pp. 75-106. Buenos Aires, 1968.
- MEDINA, JOSÉ TORIBIO. *Los Aborígenes de Chile*. Fondo Histórico-Bibliográfico José Toribio Medina. Santiago, 1882 (1952).
- MONTANÉ, JULIO. Apuntes para un análisis de la Arqueología Chilena. *Rehue*, Nº 4, pp. 29-43. Concepción, 1972.
- MOSTNY, GRETE. ¿Un nuevo estilo arqueológico? *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, Tomo XX, pp. 91-95. Santiago, 1942.
- Un nuevo estilo arqueológico, Parte II. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, Tomo XXII, pp. 191-196. Santiago, 1944a.
- Excavaciones en Arica. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, Tomo XXI, Santiago, 1944b.
- Una tumba de Chiu-Chiu. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, Tomo XXVI, pp. 1-55. Santiago, 1956.
- Ricardo E. Latcham, su vida y su obra. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, Tomo XXX, pp. 9-32. Santiago, 1969.
- MUNIZAGA, CARLOS. Secuencias culturales de la zona de Arica. *Arqueología Chilena*, Nº 1, pp. 77-126. Santiago, 1957.
- MURRA, JOHN V. An Aymara Kingdom in 1567. *Ethnohistory*, Tomo XV, Nº 2, pp. 115-151. 1968.
- NÚÑEZ, LAUTARO. Problemas en torno a la tableta de rapé. Actas del Congreso Internacional de Arqueología

- logía de San Pedro de Atacama, *Anales de la Universidad del Norte*, Nº 2, pp. 149-168. Antofagasta, 1963a.
- Los keros del norte de Chile. *Antropología*, Año I, Vol. I, 2º semestre, pp. 71-88. Santiago, 1963b.
 - Desarrollo cultural prehispánico en el norte de Chile. *Estudios Arqueológicos*, Nº 1, pp. 37-115. Antofagasta, 1965.
 - Recientes fechados radiocarbónicos de la arqueología del norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile*, Nº 64, pp. 32-38. Santiago, 1966.
 - Carta respuesta a Luis Guillermo Lumbreras sobre la problemática arqueológica de Arica. *Chungará*, N.os 1/2, pp. 27-32. Santiago, 1972.
 - Registro regional de fechas radiocarbónicas del norte de Chile. *Estudios Atacameños*, Nº 4, pp. 74-123. Santiago, 1976a.
 - Geoglifos y tráfico de caravanas en el Desierto Chileno. *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige*, s.J., pp. 147-201. Santiago, 1976b.
- ORELLANA, MARIO. Problemas de la Arqueología de San Pedro de Atacama y sus alrededores. Actas del Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama. *Anales de la Universidad del Norte*, Nº 2, pp. 29-39. Antofagasta, 1963.
- Acerca de la cronología del complejo cultural San Pedro de Atacama. *Antropología*, Nº 2, 1.er semestre, pp. 96-104. Santiago, 1964.
 - Informe de las investigaciones de la especialidad de Arqueología. *Informe de las Investigaciones Científicas*, Depto. de Ciencias Antropológicas y Arqueología de la Universidad de Chile, pp. 5-16. Santiago, 1974.
 - Comienzos de la Ciencia Prehistórica en Chile. Separata de *Estudios - Homenaje de la Facultad de Ciencias Humanas a Eugenio Pereira Salas*, U. de Chile, pp. 137-161. Santiago, 1975a.
 - Friedrich Max Uhle y la Prehistoria de Chile. *Boletín de Prehistoria de Chile*, N.os 5/6, pp. 5-35. Santiago, 1975b.
- OYARZÚN, AURELIANO. Cestería de los antiguos atacameños. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo LXIV, Nº 68, pp. 178-184. Santiago, 1930.
- Las tabletas y tubos para aspirar la parica en Atacama. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Nº 72, pp. 68-76. Santiago, 1931a.
 - Tejidos de Calama. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Nº 73, pp. 216-222. Santiago, 1931b.
 - Alfarería de Calama. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Nº 82, pp. 490-503. Santiago, 1934.
- PONCE, CARLOS. Introducción. *Arqueología Boliviana. Primera Mesa Redonda*, Biblioteca Paceaña y Alcaldía Municipal, pp. 13-32. La Paz, 1957.
- Breve comentario acerca de las fechas radiocarbónicas de Bolivia. *Actas de Encuentro Arqueológico Internacional de Arica*, 20 págs. (mimeografiado). Arica, 1961.
 - *Tiwanaku: Espacio, Tiempo y Cultura*. Trabajo presentado al VI Congreso Nacional de Arqueología, 60 págs. (mimeografiado). Santiago, 1971.
- RIVERA, MARIO. Una hipótesis sobre movimientos poblacionales altiplánicos y transaltiplánicos a las costas del norte de Chile. *Chungará*, Nº 5, pp. 7-31. Santiago, 1975.
- Nuevos aportes sobre el desarrollo cultural altiplánico en los valles bajos del extremo norte de Chile, durante el Período Intermedio Temprano. *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige*, s.J., pp. 71-82. Santiago, 1976.
- SALAS, EMILIA y LLAGOSTERA, AGUSTÍN. *Guía del Museo de Arqueología de San Pedro de Atacama*. Talleres Gráficos de la Universidad del Norte, Sede Antofagasta (2ª Edición), 42 págs. Antofagasta, 1974.
- SCHAEDEL, RICHARD P. Informe general sobre la expedición a la zona comprendida entre Arica y La Serena. *Arqueología Chilena*, Nº 1, pp. 5-76. Santiago, 1957.
- SPAHNI, JEAN C. Tombes inédites du cimetier atacamenien du Chiu-Chiu (Chili). *Bulletin Société Suisse des Americanistes*, Nº 26, pp. 2-9. 1963.
- UHLE, F. MAX. La esfera de influencia del país de los Incas. *Actas del IV Congreso Científico (1º Panamericano)*. Trabajos de la 3ª Sección, Ciencias Naturales, Antropología y Etnología (1908-09), Tomo II, pp. 260-281. Santiago, 1911.
- Arqueología Sudamericana. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo IV, Nº 8, pp. 411-425. Santiago, 1912a.
 - Guía General Ilustrada de Tiahuanacu e Islas del Sol y de la Luna. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Nº 6, pp. 467-479. Santiago, 1912b.
 - Tabletillas de madera de Chiuchiu. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo VIII, 4º Trimestre, pp. 454-458. Santiago, 1913a.
 - Los indios atacameños. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo V, Nº 9, pp. 105-111. Santiago, 1913b.
 - Las tabletas y tubos de rapé en Chile. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo XVI, 4º Trimestre, Nº 20, pp. 114-136. Santiago, 1915.
 - Los Aborígenes de Arica. *Publicación del Museo de Etnografía y Antropología de Chile*, Año I, N.os 4-5, pp. 151-176. Santiago, 1917.
 - La Arqueología de Arica y Tacna. *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos* III, N.os 7-8. Quito, 1919.
 - *Fundamentos Etnicos y Arqueología de Arica y Tacna*. Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos, Universidad Central, Quito, 1922.